



## XI

### METERSE EN HONDURAS

Apenas expugnada la ciudad y adoptadas las medidas para enterrar tanto cadáver y empezar á reconstruir, primer cuidado de Cortés, el peligro español volvió á presentarse. Aquellos vencedores, después de tanto sufrir, querían oro. El botín material era escaso, y las quejas contra Cortés, altas é insolentes. Léanse pasquines en las paredes del cuartel, y se acusaba al General de haber escondido el tesoro de los Emperadores méxicas. Alderete, tesorero de la Corona, representante de los inte-

reses del César, insistía en que se aplicase el tormento á Guatimozín, para que dijese dónde ocultaba su riqueza fabulosa. Resistióse Cortés á tal desmán, y se vió acusado de defraudador. En tan crítica situación, al fin consintió en la tortura del joven Soberano. El procedimiento de la cuestión de tormento era entonces jurídico, y lo fué hasta fines del siglo XVIII.

Guatimozín resistió como un héroe que era, y como resisten, en general, el dolor físico los de su raza; y al oír que un compañero de suplicio, privado suyo, se quejaba amargamente, tuvo una bella frase:

—¿Piensas que estoy yo en algún deleite ó baño?

Cortés abrevió cuanto pudo el acto cruel, realizado, no cabe duda, contra su talante. Acaso sabía que era inútil, pues Guatimozín no reveló nada, ó dió informes equivocados.

Creyérase que lo ya logrado por Cortés bastase para satisfacer su ansia de gloria, la sed de su alma insaciable de grandes

empresas; pero no le bastaba un Imperio como el del Anahuac, conquistado del modo más brillante: no conocería la esencia del espíritu de Cortés quien tal creyese. Apenas dueño de México, se consagró á extender los límites de la tierra ganada. Destacamentos de sus tropas llegaron hasta las costas del Pacífico, y tomaron, en nombre del Monarca español, posesión de aquel mar. A su regreso, traían muestras del oro y las perlas de la California. El Descubrimiento proseguía por medio de Cortés, y así se lo manifestaba al Emperador en sus cartas, hablando de las sorprendentes nuevas que se recibían del Gran Océano. Desde luego, pensó en explorar y colonizar el golfo de California.

Ni el emperador Carlos V, ni España, en general, concedieron toda la importancia que merecían á los hechos de Cortés. Al contrario: su enemigo de siempre, Velázquez, sirviéndose de la influencia del obispo Fonseca en el Consejo de Indias, lograba que fuese enviado un "visitador"

para hacer pesquisas sobre la conducta de Cortés, ¡y hasta para detener su persona y secuestrar sus bienes!

Especialmente increíble parece esta particularidad, en una historia donde tantas cosas producen asombro. De todas suertes, Cortés no era hombre de dejarse sorprender. En España tenía su partido, que trabajaba activamente para contrarrestar los manejos de Fonseca; y, al fin, pudo obtenerse para el conquistador el nombramiento de Capitán general y Justicia mayor de la Nueva España. El amarillo Velázquez, al saberlo, contrajo una enfermedad de pasión de ánimo, de la cual murió.

Mientras hacía Cortés salir de la tierra una nueva y amplia ciudad de México, y traía frailes que enseñasen y catequizaran á los indios, á quienes ni un momento pensó destruir, como han hecho con la población indígena otras naciones que pasan por más cultas que nosotros, no perdía de vista el nuevo anhelo de los descubrimientos en el Pacífico, y la hipótesis del Estrecho

que geógrafos y cosmógrafos de entonces suponían existente entre los dos mares. De este afán procedió la resolución de enviar á Cristóbal de Olid á Honduras, á fundar una colonia, y luego, la de expedir una pequeña armada hacia el istmo de Darién, á fin de encontrar el Estrecho. También despachó hacia el valle de Oaxaca á Pedro de Alvarado, expedición que dió por fruto la conquista de Guatemala.

Si vastos y grandiosos eran siempre los planes de Cortés, es sabida cosa que los hombres geniales necesitan ser secundados, y no siempre encuentran los auxiliares que les convienen. Cristóbal de Olid, sin duda, no conocía bien el carácter de Cortés, pues creyó poder, en su feudo de Honduras, declararse independiente. Cortés entonces envió á Francisco de las Casas con orden de arrestar al sublevado; un naufragio entregó á las Casas en poder del propio rebelde; pero el comisionado de Cortés, sabiendo el modo de ser de Olid, que era "varon extremado, mas no para mandar, sino

para ser mandado”, le alborotó fácilmente el campamento, le prendió y le cortó la cabeza en la plaza del mercado público.

No sabiendo Cortés sino lo del naufragio, y no la degollación de Olid, no pudo sufrir la idea de que un capitán suyo estuviese alzado, dando peligroso ejemplo, y resolvió aquella expedición á Hibueras, la menos lucida y la más ardua de las suyas. Púsose en marcha llevando un séquito de Rey; músicos, juglares, bufones, pajes y un ejército muy reducido, habituado como estaba á hacer con poca gente grandes cosas, pues no le llevaba sólo el deseo de castigar una defección, sino el ansia de registrar provincias desconocidas y que se creían de prodigiosa riqueza. Cortés tenía que preocuparse del oro (del cual se ha preocupado y preocupará, en una ó en otra forma, todo el género humano), porque el rescate y justificación de sus proezas, ante los poderes de España, era el envío de oro, y sólo porque lo enviaba se sufría su gloria y sus hazañas.

Las dificultades del camino surgieron pronto. Adelantaba la expedición por terrenos encharcados, que surcaban riachuelos: en veinte leguas tuvieron que construir cincuenta puentes, improvisados con troncos y ramaje. Salvadas las ciénagas, entraron en la región de los bosques vírgenes, pasando cerca de la antigua y misteriosa ciudad de Palenque. No se veía la luz del sol, oculta por el follaje y arbolado. Faltaban víveres. Al salir de los boscajes hallaron caudaloso río, sobre el cual tendieron un puente enorme, que se llamó largo tiempo *de Cortés*. A la otra orilla se enterraban los caballos en el cieno. Cortés, con barro hasta el muslo, seguía adelante. Por fin entraron en tierra cultivada y firme.

Llevaba Cortés consigo, en la trabajosa marcha, á Guatimozín y al cacique de Tlacopan, no habiendo querido dejarles en la capital, donde su presencia era un riesgo. El animoso Monarca azteca veía con esperanza el peligro de los españoles en la

aventuradísima expedición, y trataba de aprovechar un momento favorable para sublevar á los indios y caer sobre Cortés. Esta aspiración era natural en Guatimozín, como lo fué en Cortés, al tener soplo del caso, deshacerse del prisionero y de sus nobles aztecas, colgándolos de una ceiba. No será fácil que la Historia aquilate la verdad de la discutida conspiración de Guatimozín; no hay documentos, no hay pruebas; sólo cabe decir que, en la situación del desposeído Emperador, era loable y lógico el intento más desesperado; pero también debemos ponernos en el caso de Cortés, pues mientras Guatimozín viviese (y con esto hago su mayor elogio), la Conquista no estaba asegurada. La prueba de que Cortés, al matar á Guatimozín, obedeció á necesidad urgente y que luchó consigo mismo para adoptar tal resolución, es el estado de irritabilidad y desasosiego en que quedó después, agitada su grande alma como el mar.

Pasó Cortés por la laguna del Peten, en

el Itzá, donde los indios adoraron como á un numen á un caballo enfermo que la expedición dejó allí; cuando murió, hicieron su efigie en estuco, y le tributaban culto como á dios del trueno y del relámpago. La expedición siguió, penosa, mortífera, con el paso de una sierra, toda pedernales agudos, donde los caballos se mancaban y los peones no podían avanzar. El agua, cayendo en mangas y trombas, los inundaba; tenían que cruzar los torrentes sobre troncos de árboles. Nunca dieron Cortés y sus tropas mayor señal de aquella resistencia sobrehumana que poseían.

Al fin llegaron al establecimiento de Olid, á quien creían vivo, y tuvieron la grata sorpresa de encontrar la guarnición amiga. Descansaron algún tiempo los férreos expedicionarios; pero Cortés, en lugar de darse por satisfecho, no arredrado por tanto sufrir y tan extraordinarias fatigas, proyectó nueva empresa, la expedición para reconocer el país de Nicaragua.

Hombre era Cortés para recorrer toda

América, y conquistarla sin dejar ostugo: se lo impidieron, no los indios, sino los españoles.

En México, desde que faltó el General, el desorden se había enseñoreado. La regencia, que ejercía el poder, publicó la falsa nueva de haber muerto Cortés en los pantanos de Chiapas; se apropió sus bienes y los de sus compañeros; expulsó á los Franciscanos, cuya labor de enseñanza y catequización era tan meritoria, y hartó de vejaciones á los indios.

Llegadas las nuevas de tales abusos á Cortés, decidió regresar á México: una tempestad le obligó á volverse al puerto; y este es el único momento en que el indomable Malinche aparece abatido, entregado á tristes aprensiones, previendo la muerte, confesándose y preparándose una mortaja de hábito de San Francisco. No hay organismo capaz de resistir, sin agotamiento, tales trabajos y privaciones, tan prodigiosa tensión de voluntad.

Poco duró en él este sudor de agonía. El

25 de Abril de 1526 salió de las honduras en que estaba metido, y, no sin nuevos contratiempos, poco después desembarcaba en San Juan de Ulúa. Por la alteración de su semblante no le conocía la gente.

Sin embargo, al convencerse de que aquél era el Malinche, el invencible, el titán Cortés, empezó una marcha entre aclamaciones y bajo arcos triunfales; en México el lago se cubrió de canoas empujadas para recibirle. Dos años había durado la expedición á Honduras.